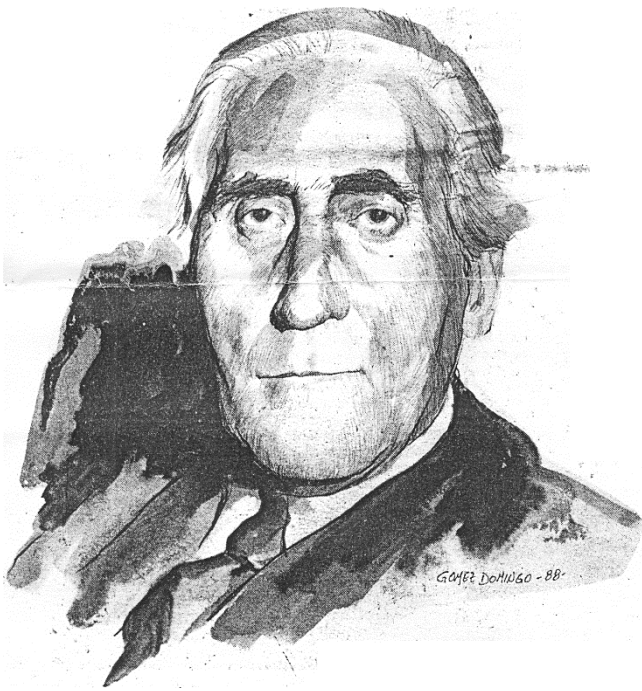


*Antonio Pereira*

De Madrid para California

## Carta a Gullón

Querido maestro Ricardo, me alegraré de que al recibo de la presente hayas llegado bien a tu Universidad de Davis, después de haber pasado por no sé qué Universidad de Tejas, y quién sabe si tras acercarte a Puerto Rico donde tanto te quieren. Todos nos alegramos de esa generosidad con que vas por la literatura y por la vida, pero nos quedan los celos porque son otros -y lejanos- los que se aprovechan de lo nuestro. Menos mal que una parte del año te avienes a animar el catarro intelectual de esta corte, no tan limpia y ordenada como la quisiéramos, donde puede oírse «¿Has visto hoy la Tercera de Gullón?» o «¿De qué tratará esta tarde la conferencia de Gullón?», las más de las veces con sincero interés; otras -permíteme que te lo diga- porque estás de moda. Tu conferencia del día 21 en la calle de Lagasca, ¡sólo unas horas antes de que te subieras, tan terne, al avión!, todavía colea. Paco Umbral -allí lo tenías, friolero en la primera fila- le sacaba algunos flecos de la literatura comparada en el Café Gijón, tan apegado el escritor a su bufanda como en la Silla de tu conferencia. Umbral y yo hablamos de cuentos. Quiero decir, del cuento como género literario. A él, si no fuera la preferencia de los editores por la novela, le gustaría escribir un cuento cada día... Sabes que de este negocio hemos hablado tú y yo muchas veces. Y como he quedado de escribirte, y en estas páginas de Filandón fomentan ahora lo epistolar, algo quisiera contarte de una charla mía que se tituló, precisamente, «Contar y seguir contando». O acaso fuese una conferencia. El profesor Moreno Báez advertía a los ejercientes del género: «Si te piden que des una charla, es una conferencia por la que quieren pagarte poco». Decididamente, a lo que me invitaron fue a dar una conferencia.



Fue en estos últimos días, en una escuela universitaria. Muchos de los oyentes eran jóvenes, eso que a ti te gusta tanto. Me sorprendió su interés por, la narrativa breve, como lectores, y no es difícil sospechar que hubiera por allí media docena de buenos cuentistas secretos. Escucharon confesiones sobre la íntima relación de mis cuentos con mi poesía, en el orden de la economía verbal. Y luego, algunas definiciones ajenas escogidas por este comentarista, que no profesor sobre todo, el famoso recetario de Horacio Quiroga. Que el cuento sea “una novela a la que se le han quitado los ripios” me parece una frase

ingeniosa. Pero el cuento es una cosa y la novela es otra cosa, esto lo has enseñado tú. Sobre un arte cuya práctica me ocupa modestamente yo tenía poca teoría que enseñar. Se me ocurrió, entre bromas y veras, imitar al cuentista uruguayo poniendo en forma de mandamiento algunas ideas. Quizá no vuelva nunca sobre ellas, pero era más o menos así

1º) (Y empezaba negando al modelo): No crea a Quiroga cuando te pide que creas en un maestro -Poe, Maupassant, Kipling, Chejov- como en Dios mismo. El maestro y el dios eres tú si sabes una buena historia y sabes contarla.

2º) No ofendas a un lector desconfiando de su inteligencia. Poe pinta un día de otoño triste, oscuro, silencioso, en que las nubes se cernían bajas y pesadas, en una región lúgubre, al acercarse las sombras de la noche, a la vista de la melancólica Casa Usher... Es demasiado.

3º) Toda obra artística pretende producir un efecto. En un cuento tienes poco tiempo para conseguir ese efecto, no olvides que trabajas contra reloj.

4º) No te obsesiones con los finales redondos. Vigila más los comienzos, que es donde te juegas que el lector siga leyéndote o te abandone.

5º) Cuida la tensión de la historia: que siempre parezca que algo está a punto de ocurrir.

6º) Es verdad que en el cuento lo que es necesario perjudica. Pero entre lo necesario

no cuentes sólo las viandas, sino también el adobo.

7º) Nada malo te va a pasar por leer estudios, análisis, gramáticas del cuento y poéticas del cuento. Pero tu cuento se la juega en un instante: el de la cocinera que tiene que acertar con «el punto», (y a lo mejor no ha leído libros de cocina).

8º) Si un cuento puede oírse, además de poder leerse negro sobre blanco, es probable que no sea un mal cuento.

9º) Un cuento no es una novela sin ripios, no es nada que no sea un cuento.

Y 10º) En todo lo que no sea contradicción a los nueve mandamientos anteriores, atenerse al Decálogo del Perfecto Cuentista de don Horacio Quiroga.

Se termina, maestro, el espacio que me han asignado para una carta. Está bien esta idea del periódico, Cuídate y recuerda que te esperamos en Madrid, en León... Y no olvides esa idea, compartida con Luis Alonso Luengo, de que hemos de buscar un encuentro (mejor si hay garbanzos) con nuestro obispo. El obispo de Astorga, naturalmente.

**Antonio Pereira**